

les, el español—quisquilloso y receloso como hidalgo pobre—es siempre un español. Un español, es decir, uno más, pero uno más numéricamente. Y todos no queremos lo mismo. Hoy, nosotros, los arregados hijos de los conquistadores, no queremos sino una cosa, y es que nos dejen en paz. Y estamos á un jeme de decirle á nuestro Yo infinito, al Español celeste: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» Que es la fórmula de la agnía resignada.

¡La historia! La historia ha pasado sobre nosotros sin calarnos al tuétano de los huesos del alma. Y cada español, apenas abre los ojos de su razón á la realidad ambiente de su patria, se encuentra como Adán frente al paraíso—¡el paraíso de la caída!—y teniendo que dar nombre á cada cosa. ¿No te has fijado, oh, mi hermano lector, si es que eres de esos españoles «enfermos de la nostalgia de pensar», que dijo Maragall, un grande español, no te has fijado en lo que aquí, en torno nuestro, abundan los espíritus troglodíticos, cavernarios, prehistóricos? Su caverna tenebrosa es la caverna del tradicionalismo. ¡No de la tradición! La tradición es historia; el tradicionalismo es retórica y charlatanería. Retórica que se sirve de una cosa muerta que los pobres trogloditas llaman historia. Pero eso no es historia. Eso no es más que cuentos. Cuentos más ó menos ajustados, á lo que sucedió, pero cuentos y no historia.

La Providencia de Dios ó su Hado—porque, hay un divino Hado—nos hizo hacer una porción de hazañas, proezas de voluntariedad, de querenciosidad, de real gana, de conquista, pero ¿nos dimos cuenta de lo que hacíamos? Y así pudo decir Carducci que España jamás tuvo hegemonía de pensamiento y hablar de las contorsiones de la afanosa grandiosidad española—«i contorcimenti dell affanosa grandiosità spagnola».

¡Grandiosidad! Eso hemos sido, grandiosos más que grandes. Siempre á conquistar más tierra, material ó espiritual, pero sin labrar amorosamente el pegujar de abolengo, el solar de mayorazgo. ¡Reyes, reyes, sí!—cada español se sentía un rey—¡pero reyes del desierto! Mejor el páramo en que no se pone el sol que el recatado huertecillo que acaricia unas breves horas. El ansia ciega—ciega, sí—, el ansia querenciosa de grandeza nos perdió. Y eso cuando la teníamos. Que lo que es hoy...

¡Hoy... que nos dejen en paz! Del conquistador salió el pícaro; Guzmán de Alfarache fué hijo de Pizarro. Y el hijo del pícaro y nieto del conquistador, no quiere hoy sino que le dejen sestear en paz y que no le den quebraderos de cabeza. Sobre todo, nada de quebraderos de cabeza, nada de novedades, nada de paradojas, nada de extravagancias. ¿Hay algo más castizo que la vieja y tradicional olla podrida? Con nuestro viejo sentido común, nos basta el de Perogrullo. Y no digo el de Sancho, porque no quiero calumniar al noble Sancho, como otros españoles, que no le conocen, le calumnian. Sancho no es más que un ideal; tan ideal como Don Quijote. Y da grima ver que tomen su nombre pedantuelos Carrascos ahitos de la flatulenta bazofia nacional, la que se prepara en la caverna que os dije.

Tal el pueblo; tal cada uno de nosotros. El español puede serlo todo menos un ciudadano, dijo Maragall en aquel terrible artículo «La espaciosa y triste España» («Obras completas. Serie castellana. Artículos I, V.») «España, políticamente, es nada, y haría bien en no preocuparse más de cómo y por quién ha de ser gobernada, porque tanto da. Toda su fuerza está en su alma, y ésta nadie en la tierra se la gobernará. Toda su fuerza está en el hombre que cría, en el individuo pequeño, seco, oscuro, reconcentrado, pero que estalla violentamente en alma, en luz, en brillo, en genio, en santidad, en valentía. Lo mismo puede ser un mendigo que un duque de Osuna, un loco que un profeta, un tahir que un Velázquez, un bandido que un santo; todo puede serlo menos un ciudadano. La mediocridad ciudadana no ha sido hecha para el celtíbero; él quiere conquistar á cada momento su bien ó apurar su mal, no le den nada hecho. A este hombre, pues, á este mendigo, á este duque, á este idiota, á este profeta, á este bandido, á este santo, ¿qué le importa quién gobierna, ni cómo? A él no le gobierna nadie». Así dijo Maragall, un verdadero grande de España. Y más adelante: «Así puede afirmarse que no existe ni un solo español, si lo es verdadero, que tenga derecho á llamarse liberal». Lo que para mí quiere decir que no existe ningún español que tenga derecho á llamarse ni español ni nada. Porque si la españolidad ha de ser, como no puede menos, una categoría histórica, semejantes trogloditas—mendigos, duques, profe-



S. M. EL TORERO

(Caricatura de K. Hito.)

tas, tahures, bandidos, santos...—que viven, bajo la historia, dominados por ella y no dominándola, no pueden llamarse españoles.

Y luego eso de mendigo á un lado, duque al otro, aquí loco, allá profeta, éste bandido, aquél santo. Podrán parecer diferenciarse individualmente, según etiqueta, pero en el fondo el duque es mendigo. (¡Y qué de mendigos no hizo la casa del duque de Osuna al quebrar como quebró!). Y el profeta es loco. Y apenas hay santo español, me decía una vez Guerra Junqueiro, el grande portugués—¡todo un poeta!—que no hubiera antes sido bandido. Antes y después, añado yo. Y á nuestros bandidos no les faltaba santidad... ¡á su modo! Todo ello una confusión bajo la apariencia de marcadas diferencias. Es lo de las tinajas de que te decía, oh mi querido hermano de casta. Y en resolución, pobreza espiritual. Un alma todo lo grande que quieras, pero con la grandeza del desierto, un alma de conquistador. Y de conquistador que acaba en pícaro.

La primera materia es excelente, solemos decir. Y otras veces: ¡aquí hay un pueblo! Pero, ¿qué es eso de la materia prima? ¿No es una abstracción? ¿No es un vacío? Un filósofo alemán, Natorp, ha escrito que el individuo no es, como no lo es el átomo, más que una abstracción; y podríamos decir que el pueblo, el pueblo puro, esa tan cacareada excelente materia prima, no es tampoco, al par que la materia, sino una abstracción. Este pueblo, del que por agarrarnos á algo, hablamos con tanto cariño los españoles enfermos de la nostalgia de pensar, no es sino una abstracción. Y cada uno de nosotros, en cuanto español, una abstracción también. Apenas si existimos.

Hoy el español, el geográfica y jurídicamente español, tiene que conquistar su españolidad. Y no dando voces, el muy troglodita, desde su caverna prehistórica ó más bien subhistórica—ó intra-

histórica—pidiendo que le den este peñón ó aquellos canchales donde nada tiene que hacer. Su hazaña está en hacerse, porque no está hecho. Este hombre querencioso, haragán, receloso y quisquilloso, ingobernable, no porque no sepa obedecer, sino porque no sabe mandar—, porque él, el conquistador, no sabe mandar—este hombre «pequeño, seco, oscuro, reconcentrado», tiene que conquistar su personalidad—, él, ¡el grandísimo individuo!—tiene que conquistarse á sí mismo, tiene que hacer luz en las fantasmagóricas penumbras cavernarias de su pasada historia, y hacerse histórico, hacer su historia. Y no con crímenes pasionales, no con revueltas y motines, que no son revoluciones, no con retórica historicista, que no es conciencia histórica, no con el estúpido y neutralista, «¡que me dejen en paz!», que permite soñar en el desierto en que no se pone el sol sin cultivar el huerto solariego, no con un tradicionalismo que empece toda tradición futura, no con un casticismo que ahoga la forja de la casta venidera.

El español, como tal, ¿cómo es? ¡Y, quién lo sabe!...

MIGUEL DE UNAMUNO

Yo, á fuer de buen español, improvisador, he improvisado estas notas sobre mi pueblo, tal y como en mí lo siento. Y no quiero ni repasarlas, ¿para qué? Lo que no nos sale bien al primer tirón, á nosotros, los eternos improvisadores, los que nunca hemos acabado nada, no puede salirnos mejor á tres tirones. Todo materia prima.

## Fábrica de Corbatas

12, CAPELLANES, 12

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto. ELEGANCIA.—SURTIDO.—ECONOMÍA.—PRECIO FIJO